

Literatura y gastronomía

JABUGO PARA LAS DEPRESIONES

La literatura, como el ser aristotélico, se dice de muchas maneras. Hay literatura policíaca, literatura religiosa, literatura erótica, literatura gastronómica... Quizá ninguna produzca tan inmediata fruición al lector como la última. Es una literatura con los pies en el suelo y la pluma en la lengua. Después de todo —o antes—, la asignatura se llamaba en tiempos "Lengua y Literatura". Y la lengua sirve lo mismo para producir palabras que para saborear comidas y bebidas.

ADEMÁS, la literatura gastronómica nunca es literatura de farol. Cuando, por ejemplo, Cela nos cuenta su personal paella, cuenta algo que ha vivido, hecho y comido. En cambio en la literatura llamada erótica ¡cuántos faroles, señor!

Un escritor ya muerto y sepultado, Felipe Sassone, hizo mucha literatura erótica. Cuando conoció a Unamuno, le pidió opinión sobre sus novelas. Preguntó el rector:

—¿Usted es soltero, verdad?

—Sí, don Miguel.

—¡Pues cáesese, hombre, cáesese y no escriba más tonterías!

Hay mucho polvo frustrado detrás de tanto relato erótico. En tiempos de la censura, el señor que no se comía una rosca se masturbaba y en paz. Ahora va y escribe un relato con sus incumplidas y a veces increíbles fantasías, que aquí somos de pueblo y parece que las cosas no son tan complicadas.

¡Qué aire tan realista y saludable tiene, por el contrario, la literatura gastronómica! Por allí transita eso de el pan pan y al vino vino. Cuando Carvalho, el detective particular de Vázquez Montalbán, está deprimido, se toma como medicina un poco de jamón de Jabugo. Y eso que el jamón de Huelva ya no es obra de artesanía y aun arte como era antes y un poco después de la guerra. Pues un jamón-jamón con todas las de la ley costaría tanto como un goya o un solana...

Escribe Vázquez en "Los mares del Sur":

"Salió Carvalho con el paquete de queso de Casar, Cabrales, Idiazábal, chorizos de Jabugo, jamón de Salamanca para todo comer y una pequeña muestra de Jabugo para las de-

presiones". (Ahí acabará: en las farmacias y con receta.)

Vázquez dirige la revista mensual "Camp de l'arpa", que suele hacer números monográficos. El último (diciembre 1979) está dedicado a literatura y gastronomía con trabajos del propio Vázquez, Eduardo

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Chamorro, Oscar Caballero, Alvaro Cunqueiro, Xavier Domingo, Néstor Luján, Carmen Casas y Günther Grass. Buen equipo, aunque la casi fámélica delgadez de Chamorro (tan literaria por otra parte) desentona del conjunto. Bien es verdad que Chamorro habla de "los manjares



Manuel Vázquez Montalbán, gastrónomo notorio y notario de la gastronomía, director de la revista mensual "Camp de l'arpa".

del diablo" y eso no es literatura gastronómica sino fantasiosa, pues nadie que estuviera en el infierno volvió para contarlo. (Estuvo Orfeo y salió, sin Euridice, pero en vez de contar lo que le pesó se puso a cantar; además, no consta que el Diablo le invitara a cenar. También anduvo el Dante, pero con Virgilio que

ya estaba muerto y los muertos andan siempre desganados. Además lo del Dante es todo mentira.)

Néstor Luján es otra cosa. Luján es un gastrónomo que predica con el ejemplo. Quienes saben dicen que le gustaba tanto la escalibaba del restaurante barcelonés "Agut d'Avignon" que se casó con la hija del dueño para enterarse de la receta, que era secreto de familia.

Cunqueiro, gallego y sabio en saberes raros, glosa la cocina de las brujas. Y resulta que las brujas y magos comen como nosotros, siempre que no sean platos combinados: "Desde Aaron y Elimas a las voladoras manchegas que se citaban con el Cojuelo tras las bardas de un corral, comieron lo que los demás mortales"...

Xavier Domingo relata muchas y variadas historias, algunas malolientes como correspondientes a la coprofagia que eso es ya para quitarle las ganas de comer a cualquiera. Al final acaba con una receta (pero de cocina de mesa y mantel, no de orinal y water). Y es que literatura gastronómica sin receta es como fábula sin moraleja. Da la receta de la tortilla de trufas. No es barata. A pie de trufero y sin intermediarios andan por arriba de la Alcarria a seis mil pesetas kilo.



Jabugo para las depresiones.

Oscar Caballero habla de alcohol y literatura. De alcohol está media literatura contemporánea llena (salvo la de Umbral, que es abstemio y no anuncia champán como Cela y Marsillach). Dice Caballero por ejemplo: "Como es lógico, la más formidable destilería literaria se oculta Bajo el Volcán. Agazapado sobre sus vómitos, Malcom Lowry rie socarronamente a las piruetas de sus imitadores y discípulos"... Vázquez, en su editorial, opina que "si Malcom Lowry en Under the Volcano hubiera comido más y bebido menos la novela habría mejorado" (o sea, como Unamuno con Sassone).

Vidal-Santos también termina con receta-moraleja. Escribe de "la cocina criminal" y asegura que quien mejor comía era el comisario Maigret. Y es que Simenon ganaba mucho dinero y frecuentaba buenos restaurantes. Ahora que Vázquez ha ganado el Planeta vamos a ver las cenas que se pega el Carvalho. Vidal ofrece una receta de sopa de albondigas de hígado que tome de Dürrenmatt.

De Günther Grass tenemos el relato "El rodaballo" (para rodaballo el de la "Sátira del pez"). Y, finalmente, Carmen Casas conversa con Mariano Castells Plandiura que tiene "una de las colecciones más importantes del mundo en materia gastronómica española". Castells —que es dueño, entre otras joyas bibliogastronómicas, de las dos primeras ediciones castellanas del libro de Ruperto de Nola— sostiene que los buenos libros de cocina nunca son buenos libros literarios. Ortega vino a decir casi lo mismo sobre la filosofía: o se hace filosofía, o se hace literatura, o se calla uno. Es decir, come y calla. Y que aproveche. ■